

JOSÉ FRANCISCO ALENZA GARCÍA

# ALMA, CORAZÓN Y FÚTBOL

100 AÑOS DE OSASUNISMO A TRAVÉS DE 20  
VICTORIAS, UN EMPATE Y UNA DERROTA



---

---

---

# Presentación

«El fútbol es la cosa más importante de las cosas menos importantes». Esta frase, de paternidad discutida —unos se la atribuyen a Arrigo Sacchi; y otros, los más, a Jorge Valdano—, encierra una verdad evidente para las personas racionales. Sin embargo, el fan o hincha futbolístico, que suele desprenderse de la razón en lo relativo a su club, rechazará incluir al fútbol entre las cosas menos importantes de la vida.

Bill Shankly, el entrenador que encumbró al Liverpool, decía: «Algunos piensan que el fútbol es una cuestión de vida o muerte. Te lo aseguro, es mucho más importante que eso».

Esa importancia vital —incluso más que vital— del fútbol no afecta exclusivamente a los profesionales o a los más fanáticos seguidores de un club. Son muchos los que se reconocen en las célebres palabras de Albert Camus con las que confesó que todo lo que sabía sobre la moral y sobre la vida se lo debía al fútbol.

Más allá del siempre relativo y circunstancial ámbito personal o individual, es indudable la trascendencia colectiva que ha adquirido el fútbol. Arthur Hopcraft ha afirmado que se trata del fenómeno más importante para la sociedad del siglo xx. El experto periodista inglés decía que el fútbol estaba absolutamen-

---

te incrustado en la psique urbana: «No es un fenómeno, sino un asunto cotidiano. Es más excéntrico ignorarlo a propósito que dedicarle la vida».

Decía esto a finales de los sesenta del siglo pasado. Hoy en día, merced a la televisión y a la globalización, ha incrementado su radio de acción hasta el punto de que el fútbol ya no solo está incrustado en la psique de algunas ciudades, sino prácticamente en la de toda la humanidad.

Los clubes más imbricados con su entorno próximo —como sucede con Osasuna— tienen una repercusión social e individual mucho más intensa. Si alguien en Navarra ignorara a Osasuna, se le tendría por alguien notablemente excéntrico. Incluso sería considerado como un mal navarro, independientemente del concepto de identidad navarra que cada uno tenga.

Estamos viviendo un momento cumbre del osasunismo. La conversión del Club Atlético Osasuna en un club centenario ha coincidido con otra serie de factores que ha hecho crecer la efervescencia osasunista. El principal ha sido la recuperación por el equipo del espíritu de Osasuna. Un espíritu consagrado a la lucha, a la garra, al juego de equipo y a la valentía. Ese ADN que exige y propicia que Osasuna ataque como «los indios» y que defienda como kamikazes. Un equipo que batió récords en su temporada de ascenso a primera, y que ha maravillado en su regreso en la categoría máxima por su juego y sus resultados. Con un Sadar que ha recuperado —incluso sin público— su aureola de fortín inexpugnable y con un coraje y un atrevimiento que, en la última temporada, le ha llevado a obtener históricas victorias fuera de él como la de San Mamés o la del Nou Camp.

Todo estaba previsto para que la celebración se produjera en el renovado estadio de El Sadar. Jamás un club centenario habrá tenido un estadio tan nuevo que, al mismo tiempo, conserve el reconfortante sabor de lo antiguo.

---

Desgraciadamente, la pandemia coronavírica ha congelado las ilusiones puestas en la celebración del centenario. El aniversario deberá ser celebrado en la distancia. Tiempo habrá para que se celebre una fiesta de conmemoración por todo lo alto con la afición y el equipo en el espacio mágico del nuevo Sadar.

Un aniversario tan señalado es fecha idónea para rememorar la historia de Osasuna. A mí se me ocurrió que una manera de hacerlo era poniendo por escrito algunas de las mayores gestas de nuestro club. Porque el fútbol, como ha advertido García Cames, se detiene y sobrevive en la palabra. Sin el relato de los hechos, un partido está condenado a esfumarse en el olvido, mientras que mediante su narración se produce una renovación que le proporciona «una existencia más plena, más duradera».

Quizá hubiera sido más interesante, desde el punto de vista dramático, relatar derrotas dolorosas. Además, los partidos perdidos reflejan mejor la cotidianidad de nuestro club frente a la excepcionalidad de las victorias. Porque como señaló Mario Benedetti: «los clubes grandes siempre tienen la obligación de ganar, y los chicos, en cambio, solo tienen la obligación de perder lo menos posible». Pero a mí no me interesaba el efecto dramático de las derrotas, ni reflejar la cotidianidad de las derrotas, sino rememorar las extraordinarias victorias de Osasuna para contribuir a su pervivencia en la memoria colectiva del osasunismo.

Tenemos muchas victorias egregias en nuestra historia, aunque a veces las olvidemos. En el subconsciente osasunista hay un cierto derrotismo o conformismo congénito que tiende a difuminar los éxitos conseguidos. Algo parecido le sucede a don Quijote, quien suele ser recordado como un pobre loco derrotado por la cruda realidad. Sin embargo, como demostró Nabokov, las intervenciones exitosas del caballero andante y las fracasadas están igualadas, pues pudo identificar nada menos que veinte encuentros victoriosos, frente a otras veinte derrotas.

---

Las victorias osasunistas —que tienen algo de quijotescas— no deben quedar, como las del ingenioso hidalgo, perdidas entre la bruma del olvido o ignoradas en los próximos cien años. Muchas veces me he visto contando a mi hijo —especialmente después de alguna dolorosa derrota— alguna de esas victorias épicas de Osasuna. Muchas otras veces he compartido con amigos los recuerdos que nos dejaron esas victorias. Porque Osasuna ha ganado a los equipos más grandes y a los jugadores más renombrados. No sucede todos los años, claro, pero no hay que olvidar nunca, por ejemplo, que en El Sadar sucumbió Messi, acompañado por sus compañeros del sextete, muchos de ellos campeones del mundo con España, como los Xavi, Iniesta, Villa, Busquets, Piqué o Puyol. También cayeron otros barcelonistas ilustres como Maradona, Schuster o Ronaldinho. Fueron derrotadas también las figuras del Real Madrid, como su gran estrella histórica Alfredo Di Stéfano. Este tuvo la «fortuna» de conocer el amargo sabor de la derrota doblemente y en nuestros dos estadios: perdió dos veces como jugador en San Juan —con aquel Real de las Copas de Europa en blanco y negro— y también fue derrotado como entrenador de El Sadar. Por supuesto que también saborearon el amargo aroma de la derrota en El Sadar otros grandes jugadores de su club, como Juanito y Santillana; como Hugo Sánchez, Butragueño y su quinta; como Casillas, Zidane y el resto de los galácticos; o como los portugueses Mourinho y Cristiano Ronaldo.

Cómo no acordarse también de las eliminatorias europeas. Desde aquella noche mágica e irrepetible contra el Glasgow Rangers, hasta los memorables partidos contra el Girondins, el Bayer Leverkusen o el Sevilla.

Una tras otra, se me iban acumulando en la memoria las victorias extraordinarias de Osasuna. La consulta en la web de los resultados históricos de nuestro club multiplicó los legendarios

---

triunfos que merecían ser recordados. Emergió, de esta manera, un inesperado tsunami de gloriosos partidos que amenazó con ahogar el proyecto.

Decidí hacer una selección rigurosa de las victorias realmente significativas que sirvieran para resumir los cien años de osasunismo. Primero me propuse que fueran diez, un número redondo. Luego añadí otra por aquello de completar una alineación. Me seguía resultando imposible descartar algunos maravillosos partidos, así que amplié la clasificación, primero a los dieciséis que conforman una convocatoria para un partido, y luego a los veintidós que se necesitan para integrar una plantilla completa.

Finalmente, la selección incluyó veinte victorias, un empate —el de Sabadell, que supo a mucho más que a una victoria y que es el responsable de que el club haya podido cumplir cien años— y un partido perdido —el de la final de la Copa del Rey, del que, a pesar del resultado, no debemos recordarlo como una derrota—.

Son todos los que están, pero no están todos los que son. Me ha costado desprenderme de algunos encuentros inolvidables. Como el partido con el Valencia que nos clasificó para la Champions, el del Recreativo de Huelva con el que ascendimos a primera, o alguna victoria contra la Quinta del Buitre. También echo en falta más partidos de las primeras temporadas en primera cuando se jugaba en el Campo de San Juan.

Esto último se debe a que es un libro confeccionado con la memoria, con los recuerdos vivos —propios y ajenos— de esos partidos. He querido documentar esos partidos egregios de Osasuna a través de la mirada del aficionado, no a través de una crónica periodística o de un ensayo histórico. Es un libro de relatos de no ficción o testimoniales en los que se mezcla la historia real de Osasuna, los veintidós partidos, con el recuerdo o testimonio que ofrecen personajes de ficción.

---

He procurado seguir, *mutatis mutandis*, el método de Irene Vallejo en su maravilloso junco infinito: rodear al «esqueleto de los datos con el músculo y la sangre de la imaginación». Para ello, he recubierto las frías estadísticas y los objetivos datos de los partidos con las vivencias, las emociones y los sentimientos de unos aficionados que, si bien son ficticios, están inspirados en osasunistas de carne y hueso que conozco bien.

Son veintidós miradas de socios, aficionados y simpatizantes de Osasuna de toda época, edad y condición. Creo que es un enfoque apropiado para reflejar los cien años de Osasuna. Porque nuestro club es mucho más que sus plantillas históricas y sus directivos. Osasuna no se entiende sin los osasunistas. Decía Nick Hornby, con razón, que el club significa mucho más para el hincha que para los jugadores. La diferencia entre ambos es que el aficionado invierte más horas, más años y más décadas al club que la mayoría de los jugadores. «Soy parte del club –decía Hornby– tal y como el club es parte de mí, y lo digo a sabiendas de que el club me explota, de que no tiene en cuenta mi punto de vista, de que a veces me trata como un cero a la izquierda».

Estos relatos pretenden sacar de esa posición marginal e irrelevante al osasunista —si alguna vez la ha tenido en el relato de la historia del club— y mostrar su punto de vista en esta síntesis de una historia centenaria. He procurado mostrar la intrahistoria de cómo se vivieron cada una de esas victorias. Creo que es mucho más trascendente esa memoria del aficionado que las estadísticas. Importa mucho más cómo se recuerdan esos partidos que los datos objetivos de los mismos.

El filósofo Simon Critchley otorga una gran importancia a la memoria colectiva de un equipo. Cuenta que Klopp logró que el Liverpool superara una eliminatoria de Champions que se había puesto muy complicada recordando la histórica remontada de Estambul, con la que el club logró su quinta Copa

---

de Europa levantando un 3-0 al Milan. Para Critchley la consciencia y rememoración de los momentos históricos de un club tiene un claro potencial para la creación de nuevos legados históricos. Por ello es especialmente importante la «memoria de los hinchas», que forma «un vasto depósito histórico al que se puede recurrir para empaparse de él» y extraer apoyos con los que intentar nuevos éxitos.

Actualizar y perpetuar esa memoria de la afición osasunista es uno de los propósitos de este libro.

No requiere mucha explicación el título que le he dado, aprovechando ese bolero universal que nos habla de lo mucho que se puede ofrecer por amor cuando es auténtico. Como el que sienten los osasunistas por su club y al que dedican su alma para identificarse con sus colores, su corazón para emocionarse con sus partidos y la vida entera para gozarla y sufrirla con él.

Solo espero que los lectores de este libro, si los hubiera, revivan sus veintidós legendarios partidos y que los disfruten, al menos una mínima parte de lo mucho que yo me he regocijado rememorándolos.

---

---

---

## Una saeta cae en San Juan

Liga. Temporada 1956-1957  
(30 de septiembre de 1956):  
Osasuna 2-Real Madrid 0

—Tira Messiiiii... y gol, gol, gol, gol, goooooool de Messi al Madrid.

—¡Buen tiro, Marcos! Vaya cañonazo.

—Déjame la última falta.

—No. Ya te he dejado tirar tres más de lo pactado. Tu abuela está esperándonos desde hace un rato. Y seguro que me la cargo yo.

—Vaaale. Pero mañana volvemos.

—Claro que sí. ¿Te apetece una Coca-Cola en el bar Danubio?

—Sí. ¡Y un frito!

Doblaron la esquina y allí estaba la abuela Elena, esperándoles.

—Pero ¡qué sudado vienes, Marcos! A ver si te vas a enfriar.

—Que no, abuela. Que estoy bien.

---

—¿Y tú? —dijo girándose hacia su marido—. Eres más crío que tu nieto. Y, como siempre, llegáis tarde. Os llevo esperando aquí más de quince minutos.

—No serán tantos —replicó Francisco—. Habíamos quedado a las ocho. Además, había que esperar a que Marcos «Messi» metiera la última falta.

—Vaya golazo, abuela. Tendrás que haberlo visto.

—Ya vi muchos goles de joven. Acompañando a tu abuelo al fútbol. Además, el campo de Osasuna estaba por aquí.

—¿Qué campo, abuela?

—El Campo de San Juan. Aquí jugaba Osasuna antes de que se construyera El Sadar.

—¿En serio? Pero si aquí no cabe un campo de fútbol.

—Hombre, Marcos —terció Francisco—, es que todas estas casas no existían.

—¿Y veníais a ver a Osasuna?

—Claro.

—¿Tú también, abuelita?

—Sí. No había entonces mucho que hacer en Pamplona y veínamos con los amigos. Luego cuando nació tu padre, y sobre todo cuando después llegó tu tía, dejé de venir. Pero tu abuelo no se perdía ningún partido.

—¿En serio, abuelo? ¿No serías de Indar Gorri?

—¿Qué dices, Marcos? Indar Gorri no existía. Aunque la verdad es que solía ir a la grada sur del viejo campo. Ese gradero y la grada lateral cubierta los construyeron cuando Osasuna subió por primera vez a primera división. Fue entonces cuando ya teníamos un campo presentable. Para jugar contra los mejores equipos.

—¿Y logró mantenerse en primera?

—¿Que si se mantuvo? Fue increíble. Ese primer año jugaron muy bien. Sobre todo, en casa. Así que no tuvieron

---

problemas para mantenerse. Pero lo mejor vino al año siguiente: quedaron quintos.

—¿Quintos? ¿Fueron a la UEFA League?

—No. Todavía no existía. Había muy pocas competiciones internacionales. Solo las selecciones disputaban partidos internacionales de carácter oficial. Los equipos solo jugaban en el extranjero en torneos veraniegos y amistosos. Aunque justo en esa época se creó la Copa de Europa y la Copa de Ferias.

—¿No había Champions?

—No. Eso es un invento mucho más moderno. La Copa de Europa la jugaban solo los que habían ganado la liga el año anterior. No como ahora, que van tres o cuatro de algunos países. Y a la Copa de Ferias iban los siguientes clasificados. Ese año en que Osasuna quedó quinto estuvo a punto de clasificarse para jugar en Europa..

—Vamos a sentarnos aquí, junto a la barra —ordenó Elena—. Nosotros tomaremos dos fritos de pimiento y dos crianzas. Y tú, Marcos, ¿qué fritoquieres?

—Ese que es como una bola y tiene mucho sabor.

—El de jamón y queso. Por favor, camarero, pónganos una Coca-Cola, dos crianzas navarros, un frito de jamón y queso, y otros dos de pimiento.

—Abuelo, para que Osasuna quedara tan bien seguro que los otros equipos eran muy malos.

—Había de todo, claro. Pero Osasuna logró ganar al mejor equipo del mundo.

—¿Cuál era?

—El Real Madrid de las seis Copas de Europa.

—¡Buah! ¿Seis Copas? ¿Tan bueno era?

—Pues sí. Construyó un equipazo.

—Pero no tenían a Messi.

---

—No. Messi solo hay uno y es el mejor de la historia del fútbol. Pero tenían al que decían entonces que era el mejor del mundo. También era argentino, aunque se nacionalizó español: Alfredo Di Stéfano. El Barcelona ya había firmado el contrato con el River Plate y le había pagado parte del traspaso. Pero el Real Madrid se metió por medio. Como eran otros tiempos, maniobró lo necesario para que el Gobierno y hasta la FIFA se pusieran de su lado para que jugara en el Madrid.

—¿Y era muy bueno?

—Buenísimo. Jugaba muy bien, marcaba muchos goles y hacía jugar a todo el equipo. Aunque a mí me impresionaba más un delantero húngaro que se llamaba Puskás.

—¡Qué gracia! Se llamaba igual que el premio que da la UEFA al mejor gol del año.

—Claro, Marcos, es que se llama así por aquel jugador.

—¡Ah, vale! —asintió comprensivo Marcos.

—Era un tipo raro. Poco simpático. Venía de un país comunista en el que lo pasó muy mal. Pertenecía a una generación de grandes jugadores que casi logran que Hungría ganara un Mundial. Muchos clubes grandes querían fichar a los húngaros. Sin embargo, el comunismo que dirigía Hungría y el resto de los países del Este de Europa no les permitía jugar fuera de su país. Eran prisioneros en su propia patria. Aun así, muchos se la jugaron y escaparon buscando la libertad. Fueron acusados de traidores y tuvieron muchas dificultades para poder volver a jugar.

—¿Por qué no les dejaban salir? ¿No era mejor para su país que jugaran como estrellas de otros equipos y que siguieran jugando con su selección?

—Sí, pero aquellas dictaduras comunistas del Este no querían que se conociera la miseria y la falta de libertades en la que vivían sus pobres ciudadanos. Irse a Occidente era proclamar que el sistema comunista era un error absoluto. Por eso

---

tuvieron que construir un muro en Berlín, porque el lado comunista se estaba vaciando.

—No empieces con la política, Francisco —terció Elena.

—No es política, es historia.

—Lo mismo da. Vuelve al fútbol, anda —le aconsejó su mujer.

—El caso es que Puskás estuvo varios años sin poder jugar cuando logró salir de su país. Así que cuando vino a jugar al Madrid era algo mayor y estaba gordo. Pero metía unos golazos impresionantes. Recuerdo que una vez aquí, en el Campo de San Juan, unos maleducados que estaban delante de mí se metían con él y le insultaban. Hubo una jugada que estuvo a punto de meter gol, pero no llegó a rematar por poco. Se quedó muy cerca de nuestra grada. Y le gritaron: «Húngaro, ¡qué malo eres!». Debió de oírlo, porque levantó su mirada hacia donde estábamos. Era una mirada de furia. Al siguiente ataque del Madrid, le llegó el balón y chutó con todo su voluminoso corpachón. El balón salió disparado como un misil. El portero se quedó clavado, sabedor de que no llegaría a alcanzarlo. El choque con el larguero fue brutal. Un sonido seco se propagó por todo el campo. Y puedo asegurarte que saltaron astillas de ese maltratado larguero. Porque entonces eran de madera. Desde ese momento ya no hubo insultos para el jugador magiar.

—No sabía que Hungría había sido tan buena. Ahora no me sé ningún jugador de Hungría.

—Pues había otro que me encantaba. Para mí era el mejor: Kubala.

—¿Y Kubala ganó la Copa de Europa?

—No. Ya te digo que fue el Madrid el que dominó en toda Europa. Aunque en Pamplona no dominaba tanto.

—¿De verdad?

---

—Sí. En Madrid nos metió alguna dolorosa goleada. Pero, en Pamplona, el mismo año del ascenso, Osasuna ganó 2-0 al campeón de Europa.

—O sea que el Madrid ya había ganado la Champions.

—Llámala como quieras, pero sí. La primera Copa de Europa la ganó remontando dos veces a un equipo francés. Fue en junio de 1956. Lo recuerdo bien porque fue cuando me ascendieron en la empresa y me dieron un despacho propio.

—Y con la subida de sueldo tu abuelo me regaló un abrigo.

—Esa final fue muy bonita porque se enfrentaban los dos jugadores más famosos del momento: Di Stéfano y Kopa, un delantero francés muy fino. El presidente Bernabéu fichó ese verano a Kopa y empezó a formar la delantera mítica del Madrid. Ahora se lleva el tridente: la MSN en el Barça; la BBC del Madrid; Salah, Mané y Firmino en el Liverpool. Pero entonces se jugaba con cinco delanteros.

—¿Cinco? ¿Y cuántos defensas?

—Tres.

—¡Puff! Casi como en los futbolines, en los que hay cuatro delanteros por tres defensas.

—Pues sí. Esa delantera del Madrid la componían Di Stéfano, Kopa, Rial, Puskás y Gento. En realidad, jugaron juntos muy poco. Una temporada. Pero marcaron la época dorada del Madrid en Europa.

—Sí, pero Osasuna les ganó.

—Eso es. El equipo que había ganado la primera Copa de Europa vino ya con cuatro delanteros. Faltaba Puskás, que se incorporó más tarde. La primera vez que jugaron juntos en el Bernabéu contra Osasuna nos metieron 8-0.

—Vaya soba. Pero cuéntame cómo les ganamos.

—Osasuna se había reforzado bien para su temporada en primera. Sobre todo, fichó a un porteroazo: Iñaki Eizaguirre.

---

Había sido internacional con España. También fichó a Sertucha, un defensa muy fuerte. Y teníamos la base del equipo de la temporada anterior con jugadores muy nuestros que forjaron ese espíritu de Osasuna de no rendirse nunca y de apretar a todos los equipos, también a los grandes, en Pamplona. Jugadores como Egaña, Glaría, Marañón o el gran Sabino.

—Abuelo, sería muy difícil conseguir las entradas para ese partido, ¿no?

—No tanto. Se podían conseguir en las oficinas de la plaza del Castillo. También en algunos bares a los que íbamos los aficionados. Como el Larrea. Era un bar que estaba muy cerca del campo. Yo solía ir al terminar los partidos y me juntaba con otros amigos para comentar las jugadas.

—¿También cuando perdía Osasuna?

—También. Recuerdo una vez que casi se arma una buena. Había jugado el Athletic y nos había ganado. Ya sabes que los de Bilbao son bastante arrogantes.

—¿Arrogantes?

—Sí, fantasmas como se dice ahora. Pues entraron cuatro tipos cantando y dando vivas al Athletic. Estuvieron brindando de manera ostentosa para remarcar su victoria. Hasta ahí vale. Pero entonces uno de ellos, hablando bien alto, se acercó a la barra y dijo que se querían despedir tomando “agua de la Ría”. El camarero le dijo que no le entendía. El bilbaíno en un tono más alto, medio riéndose, le explicó que quería celebrar la victoria con el agua de la Ría de Bilbao, que era como allí llamaban al champán. El camarero abrió una botella y les sirvió. El ambiente se estaba caldeando. El cacique de aquella cuadrilla le preguntó al camarero: “¿Qué se debe?” Y el camarero le contestó: «Nada, en Pamplona el agua es gratis».

—¡Qué grande! ¡Menudo zasca! Bueno, pero vuelve al partido del Real Madrid.

---

—El Madrid salió con su equipo de gala. Jugaba Marquitos de central. En la delantera faltaban Kopa y Rial, pero estaban Di Stéfano y Gento. Este fue el que ganó seis Copas de Europa, porque era el más joven de aquel equipo.

—¿Y era bueno?

—Era rapidísimo. No ha habido un extremo tan rápido en España. Y, además de correr, sabía finalizar bien las jugadas.

—Pero aquí no marcó.

—No. Ese año no marcó ni él ni la Saeta Rubia.

—¿Quién?

—Di Stéfano. Le llamaban así por ser rápido y sorprendente como una saeta. Y porque antes de perder el pelo era rubio.

—¿Qué es una saeta?

—Una flecha —se adelantó a contestar Elena.

—La figura del partido fue Vila Escuer —continuó Francisco su relato—. Un extremo catalán, pequeño y rápido. De joven había jugado en el Barcelona. No era un goleador, pero ese día hizo doblete.

—¿Y el Madrid no marcó?

—No. Ya te digo que teníamos un porteroazo. Aunque era ya muy mayor. Vino con treinta y seis años. Había jugado muchos años en el Valencia y en la Real Sociedad. Había ganado tres ligas y dos trofeos Zamora. Llegó a jugar en el Mundial de Brasil en el que España quedó cuarta. Se retiró en Osasuna, y luego se quedó como entrenador.

—¿Cómo fueron los goles?

—El partido fue muy intenso. Estábamos admirando la calidad de la Saeta y lo fácil y bien que jugaba, cuando a los veinte minutos Vila marcó el primero. Un centro de Onaindia, que se había cambiado de su banda natural la izquierda a la derecha, fue rematado de cabeza por Vila. Fue increíble celebrar ese gol. A partir de ese momento solo quería que terminara el partido.

---

—¿Y el Madrid atacó mucho?

—Sí, claro. Dominaron el balón, pero no crearon tantas ocasiones. A Di Stéfano le marcó especialmente Alberto. Lo hizo tan bien que acabó retrasándose para recibir más balones. Pero desde allí no generaba peligro. En la segunda parte dominaron mucho, pero alejados de nuestra área. Mucho tacón y mucho pase corto, pero se adornaban tanto que permitían el repliegue de nuestros jugadores. Así que al intentar crear peligro se estrellaban contra nuestra defensa.

—O sea que Di Stéfano no hizo nada.

—Su toque era especial, pero ese día no hizo demasiado, no. Aunque casi nos marca en la segunda parte. Pitaron una falta a unos treinta metros de la portería. Parecía muy lejos. Tomó carrilla y metió un balón por el sitio donde se había colocado un compañero suyo. Contuvimos la respiración hasta que vimos a Eizaguirre que rechazaba el durísimo disparo.

—¿Y nosotros atacábamos?

—Se hacía lo que se podía. Nuestro mejor delantero, Sabino, estuvo toda la tarde peleando con Marquitos, el mejor defensa del Madrid. Onaindia fue el que más veces logró superar a su defensor. Hizo un jugadón en la segunda parte, yéndose de todos y dejándosela a Marañón para que la empujara, pero se le fue alto. Poco a poco Osasuna llegaba al área del Madrid con más peligro, hasta que faltando diez minutos metimos el segundo. Fue gracias a una de las muchas faltas que tuvo que cometer Marquitos para parar a nuestro gran Sabino. La sacó Recalde para Marañón, y este la puso en el área pequeña donde, otra vez, Vila volvió a batir a Alonso.

—Qué bueno Vila.

—Sí, pero ya te digo que Sabino era mejor jugador y más goleador, aunque ese día no metió. Desde el 2-0 al final ya no sufrimos

---

apenas y estuvimos celebrando esa victoria frente al campeón de Europa y el mejor jugador del mundo.

—¿Y qué tal jugaron con otros equipos?

—Fue una buena temporada. Osasuna quedó sexto. Empezó muy flojo al principio. Luego remontó el vuelo y estuvo casi toda la temporada a mitad de tabla. Y en el esprint final del campeonato logró ganar más partidos y alcanzó la sexta posición. La Liga la ganó el Madrid. Que también ganó ese año su segunda Copa de Europa. Recuerdo que eliminó al Manchester United en semifinales y a la Fiorentina en la final.

—Supongo que la gente estaría contenta, ¿no?

—Fue una alegría inmensa. Toda la ciudad lo celebró. Era la primera vez en la historia que Osasuna ganaba al Real Madrid. Y, además, a ese Real Madrid. Lo mejor fue que al año siguiente volvimos a repetir triunfo ante el Madrid. Esta vez fue más ajustado, se ganó 1-0 con gol de Marañón. Esa segunda victoria empezó a consolidar a Pamplona como un campo difícil para el Real Madrid. Que ganó su tercera Copa de Europa. Osasuna quedó quinto en lo que sería durante mucho tiempo su mejor clasificación histórica.

—¿Y en la siguiente?

—No fue tan buena, pero jugaron muy bien. Quedaron octavos.

—Pero ¿volvieron a ganar al Madrid?

—No, esa vez se impuso el Madrid con su delantera fantástica de Rial, Puskás, Kopa y Di Stéfano. Ganaron 1-2.

—Claro, y ganarían otra vez la liga.

—No. Curiosamente, ese año no lo lograron. La ganó el Barcelona de Kubala, que también ganó la Copa. Pero en Europa el Madrid volvió a lograr su cuarta Copa de Europa. Y ganaría también al año siguiente con la final con más goles: 7-3, con tres goles de Di Stéfano y cuatro de Puskás.